

Hijos de Gaia



HOMBRE Lobo
EL APOCALIPSIS

Los Garou, los bestiales hombres lobo que combaten para salvar el mundo, se encuentran entre la espada y la pared. En la novela de tribu: Hijos de Gaia, el bardo Grita Caos, despojado de sus recuerdos por el Wyrms lucha por volver a ser él mismo.

Capítulo uno

Grita Chaos se irguió en el puente de madera y se asomó a la barandilla para observar el agua que discurría por el fondo del barranco. La primera vez que se atrevió a salir de su hogar se había puesto la gorra sin pensar, por acto reflejo, para ocultar los pequeños cuernos curvados que sobresalían de su frente, aunque no hacía falta que se tomara la molestia, como tampoco hacía falta que mantuviera el pusilánime aspecto lampiño que le resultaba menos natural que su imponente forma de Crinos, medio humana, medio lobuna. No había ningún humano presente, tan solo Luna, una resplandeciente hoz blanca en medio del firmamento nocturno. Pero el cuerpo Homínido tenía una ventaja. Era frágil.

Se preguntó cómo sería ese instante final. ¿Sería igual que volar? Esperaba que por fin pudiera sentir *algo*.

Se escuchó un rumor en el extremo occidental del puente, la cara opuesta a las decrepitas cabañas para los turistas y otros arreos propios de la civilización, donde salvo por algunos senderos que eran obra del hombre, los bosques Apalaches se presentaban puros e intactos. A los oídos de un hombre lobo, aquel gruñido estaba cargado de significado, era tan conciso como cualquier idioma humano. ¿*Qué vas a hacer?* Grita Chaos no estaba solo, después de todo. Era solo que sus embotados olfato y oído de Homínido no habían detectado la proximidad de un Garou en otra forma.

Se giró para ver cómo un enorme lobo gris crecía hasta asumir una forma poco menos primaria. John Hijo del Vien-

to del Norte era un joven amerindio de constitución fuerte, ceñido tan solo por unos vaqueros raídos. Un cuervo tatuado desplegaba sus alas sobre su torso, y sobre esa imagen oscilaba un fetiche, un cristal —o algo— que se asemejaba a un témpano de hielo prendido de una cinta de cuero. El guerrero llevaba el cabello recogido en una trenza y esgrimía una lanza ribeteada de plumas con la punta de piedra lascada.

—Hola —saludó Grita Caos—. Nada, estaba contemplando el paisaje. Pensando.

—No me vengas con chorradas, compañero de manada. —Hijo del Viento del Norte acertó distancias. Aunque ahora se encontraba en forma humana, las planchas del antiguo y decrepito puente se combaban hasta crujir bajo sus pies descalzos—. Sé lo que estás pensando y tienes que quitártelo de la cabeza. Ya sé que es difícil...

—No, no lo sabes. No te ofendas, pero la verdad es que no tienes ni idea. Te crees que me importa lo que ha ocurrido. Pues no. Lo que pasa es que desearía que me importara. Eso es lo peor.

—No te comportabas así en Nueva York.

Grita Caos buscó la mejor manera de explicarlo. A lo lejos, en el bosque, ululó una lechuza.

—Creo —dijo, al cabo—, que después de que Julia y Antonine me sacaran del coma, permanecí aturdido durante un rato. La gente me decía que había perdido parte de mis recuerdos y con ellos, parte de mi espíritu, y supuse que eso era malo, pero al principio no me di cuenta de lo grande que era el agujero que me había dejado aquella Perdición. Sin embargo, con el tiempo, he alcanzado a sentir plenamente lo... violado y destrozado que me siento.

Hijo del Viento del Norte frunció el ceño.

—Todavía puedes caminar. Y hablar. Y cambiar de forma. Te acuerdas de la manada del Río Plateado y de nuestra misión. A mí no me parece que estés tan hecho polvo.

—Soy un Hijo de Gaia. Un pacificador. Un maestro. Y era un Galliard, conservador de las costumbres y bardo, y me servía de mis relatos para cumplir con la misión de mi tribu. Sin ellos y sin los dones que conceden los espíritus a los trovadores de la luna, es como si no fuera nada en absoluto. Estoy vacío. Soy incapaz de ayudar al resto de la manada a cumplir con ninguna heroica profecía.

—Pero estamos intentando que te recuperes. ¡No puedes dejarnos en la estacada! Demonios, pertenezco a la tribu del Wendigo. Todos los rostros pálidos me dais asco. — Sonrió para subrayar que era una broma—. Y sigo al pie del cañón.

Grita Caos exhaló un suspiro.

—Ya te lo he dicho, no puedes entenderlo. Es duro sentirse vacío. Es como si fuese más sencillo no ser *nada*, punto. Sobre todo cuando no hay ninguna esperanza.

—Siempre hay esperanza. ¿Conoces la historia de Se Ríe de los Pinos?

—Claro que sí.

Hijo del Viento del Norte hizo como si la respuesta de Grita Caos hubiera sido negativa.

—Se Ríe de los Pinos vivió hacia el final de la primera etapa del mundo. Evidentemente, él no sabía que aquel era el final. Durante toda su vida, la Tríada se mantuvo en armonía, y la tierra, aunque podía ser difícil y peligrosa, estaba limpia. Se Ríe de los Pinos no tenía motivos para pensar que las cosas fueran a cambiar. Pero si se hubiera podido asomar al corazón secreto de la existencia, habría visto cómo se gestaba una catástrofe de enormes proporciones, la cual todavía amenaza al mundo en nuestros días. La Tejedora era orgullosa, estúpidamente orgullosa, y había decidido que ya no quería seguir conviviendo en equilibrio con el Kaos. La primera de las arañas quería que sus normas y su lógica lo rigieran todo. Quería erradicar del mundo la magia y el misterio del Kaos, aunque ese fuera el poder que dotaba de vida a sus creaciones. Así que la araña ten-

dió una trampa al Wyrn en su tela. Dado que el Wyrn era como un agente de la ley que garantizaba su cumplimiento por parte de la Tejedora y el Kaos, la Tejedora supuso que con la Gran Serpiente fuera de juego, el Kaos no sería rival para ella. Bueno, todos sabemos lo que ocurrió. El Wyrn sufrió tanto en la red que terminó por volverse loco. Transcurrido algún tiempo, descubrió la manera de expandir su alcance y tocar el mundo aun cuando seguía prisionero, y para aquel entonces, el equilibrio entre la Tejedora y el Kaos había dejado de preocuparle. Lo único que quería era pasarle factura a todo el universo por lo mal que lo había pasado. Algo que conseguiría propagando el dolor y la corrupción. Lo primero que hizo la serpiente fue convocar a sus antiguos sirvientes. Hasta la fecha, habían sido meros conservadores del equilibrio. Más bien grises y aburridos. Pero el Wyrn los convirtió en monstruos que estaban dispuestos a desgarrar la Creación para él y eran capaces de hacerlo. Estos espíritus diabólicos fueron las primeras Perdiciones. Me imagino que la serpiente les daría un discurso de arenga y las desató sobre el mundo. Y aquello supuso muy malas noticias para los Garou y para los humanos por los que velaban. Por lo menos en la actualidad, los Garou saben que deben cuidarse del Wyrn y de sus colaboradores. Por aquel entonces, en aquellos terribles primeros días, no lo sabían. Las Perdiciones los pescaron en bragas. También a Se Ríe de los Pinos. Era un guerrero poderoso, el protector de su manada, pero las Perdiciones se burlaron de él. Tres de ellas, llamadas Pulveriza, Reduce a Cenizas y Pudre, se acercaron a él disfrazadas de viajeros fatigados, y él les ofreció la hospitalidad de su refugio. Se lo agradecieron abalanzándose sobre él mientras dormía, e hicieron algo más que matarlo. Como cabe esperar de unos seres con esos nombres, destruyeron su cuerpo por completo. Sin embargo, el espíritu de Se Ríe de los Pinos era tan fuerte que se negó a sucumbir. Se aferró a este mundo, pero no porque le diera miedo la muerte. Se Ríe de los Pinos no te-

nía miedo de nada. Se quedó aquí porque había comprendido lo que pensaban hacer las Perdiciones a continuación. Planeaban arrasar el bosque, destruyendo todo lo que amaba y a todos los que buscaban su protección. Pero sin un cuerpo, ¿qué podía hacer al respecto? Nada salvo prorrumpir en un silencioso aullido de rabia. Y aunque incluso al propio Se Ríe de los Pinos le costaba creérselo, aquel lamento fantasmal fue más que suficiente. De alguna manera los espíritus de los bosques lo escucharon, y juntos construyeron un nuevo cuerpo en el que alojar su alma. El roble y la secuoya aportaron sus ramas más resistentes para crear los huesos. La tierra donó barro que sería su carne. El río cedió sus aguas a modo de sangre y una gran ostra para que fuera su corazón. El musgo de las rocas sería su pelaje. Las zarzas aportaron púas que emplearía a modo de dientes y garras, y dos bayas rojas a modo de ojos. Cuando los espíritus hubieron terminado, Se Ríe de los Pinos se incorporó en el mismo lugar en que lo habían asesinado Pulveriza, Reduce a Cenizas y Pudre, y les hizo lo mismo que ellos habían hecho con él. Solo que *ellos* no pudieron regresar. Luego se dedicó a viajar de un clan a otro, advirtiendo a todos los Garou de la venida de las Perdiciones. Hay quienes afirman que si sobrevivieron a aquellas primeras y peligrosas semanas fue gracias a él y al hecho de que nunca estuvo dispuesto a rendirse.

Grita Chaos zangoloteó la cabeza.

—Lo has contado de pena. El tono era inconsistente, y te has saltado las mejores partes.

—Seguro que tú podrías haberlo hecho mejor.

—No. No podría. Las palabras se agolparían y morirían en mi garganta.

—Bueno, vale. ¿Te quieres bajar ya del condenado puente?

—De acuerdo. —No sabía por qué tendría que hacerlo, pero supuso que lo haría.

Capítulo dos

Ojo de Tormenta deambulaba furtivamente entre los ensombrecidos espacios que separaban a las feas cabañas, que hedían a queroseno y otros olores humanos antinaturales. Se cubría con el viejo cuerpo de loba con que había nacido, el que elegía siempre que le era posible. Si alguien que no fuera Garou conseguía reparar en ella con sus inadecuados sentidos, probablemente la confundiría con un perro callejero, y si por casualidad la reconocía por lo que era, en fin, ese sería su problema, no el de ella.

Desearía encontrarse todavía en la cara occidental de la quebrada, donde el mundo seguía siendo más o menos como tendría que ser. Pero aunque había desarrollado un respeto considerable por sus compañeros de manada, aún no confiaba plenamente en que aquellos hombres lobo que no pertenecían a la tribu de los Garras Rojas ni a la raza *lupus* supieran vigilar esta guarida temporal con la eficiencia debida. Bueno, Hijo del Viento del Norte tal vez sí, pero que ella supiera, el Wendigo permanecía inmerso en el bosque a la caza de su cena.

Detrás de una esquina, crujió la grava. Ojo de Tormenta avanzó sigilosa hasta que la brisa nocturna le hubo acercado el olor de Julia Spencer. Tranquilizada, acudió trotando al encuentro de su compañera de manada, antes de que la decepción aminorara su paso.

Julia se cubría con su forma favorita, o lo que era lo mismo, parecía humana. La Moradora del Cristal era delgada y

pálida, acostumbraba a taparse incomprensiblemente con capa sobre capa de ropa ceñida y, por alguna enrevesada razón, siempre llevaba el cabello alborotado y despeinado a propósito. Ojo de Tormenta había escuchado cómo el dependiente de una estación de servicio calificaba a la otra mujer lobo de «calentorra, pero con estilo»; ella no era quién para juzgar el atractivo de una hembra humana.

Julia llevaba en una mano la bolsita rígida que llamaba *maletín*, y caminaba en dirección al coche de alquiler. El respingo culpable que dio disipó cualquier posible duda acerca de cuáles eran sus intenciones.

Sin embargo, Ojo de Tormenta, por medio del idioma Garou basado en gruñidos y gestos, se sintió obligada a preguntar, *¿Qué haces?*

—No es que quiera ser egoísta —dijo Julia con lo que Ojo de Tormenta había aprendido hacía poco que era un *acento inglés*—, pero que yo recuerde, soy la única que quería alquilar la furgoneta. Corre a cargo de tarjeta de crédito y además, creo que menos Hijo del Viento del Norte, los demás ni siquiera sabéis conducir.

A nadie le importa un bledo la caja rodante de la Tejedora. Pero no puedes abandonar la manada.

Julia suspiró.

—Preferiría que no lo plantearas así. Os quiero mucho a todos vosotros, y ha sido una aventura colosal. Pero se acabó.

Ojo de Tormenta cambió a regañadientes a su forma Homínida, no porque dudara de su capacidad para comunicarse como loba, sino porque le parecía que la urbanizada Moradora del Cristal quizá se mostrara más receptiva a la persuasión si esta procedía de labios humanos.

De inmediato, adquirió una mayor conciencia de su ojo ciego. Nunca la molestaba en forma de Lupus o Crinos, pero ahora que se había quedado medio sorda y había perdido el olfato, el impedimento parecía aún mayor.

El frío aire de principios de primavera le puso la piel de gallina, lampiña y vulnerable. Sus compañeros de manada le habían comprado ropa y la habían coaccionado para armonizara con ella, pero la aborrecía y se despojaba de ella en cuanto podía. Juraba que podía sentir el atuendo constriñéndola e incomodándola incluso después de que ella cambiara de forma y él supuestamente desapareciera. Únicamente sus fetiches, el cañón de pistola que le rodeaba el antebrazo y el cráneo de gato que colgaba de su cuello, eran verdaderamente tolerables.

—Dios santo —dijo Julia—, eres la respuesta a las oraciones de todos los mirones.

Ojo de Tormenta no comprendió lo que quería decir su compañera, pero intuía que, como casi todo lo que decían los humanos y los Garou nacidos de humanos, era irrelevante.

—No puedes marcharte. Grita Caos te necesita.

—Y yo me arrastraría sobre cuchillos de plata para ayudarlo si pudiera, pero es que no es posible. La brújula mágica nos condujo en círculos, al final terminamos en este encantador destino turístico, y luego el condenado chisme se evaporó. Puede que estuviera estropeada, o que el Archivista no quisiera vernos. Antonine nos previno que podría suceder. De todos modos, se resume en una cosa: se acabó la partida. No hemos llegado a la Ciudad Esmeralda, no hemos visto al Brujo y no podemos hacernos con las zapatillas de rubí. Lo mismo daría que cada uno volviera con su respectiva manada.

—Antonine nos dijo que la manada que se formara en torno a Grita Caos sería fundamental para destruir a Jo'clla-th'matric.

—Ya hemos hecho caso a Antonine en el pasado, y mira dónde nos ha llevado. Grita Caos acabó con el alma desgarrada y la manada del Río Plateado terminó ganándose la etiqueta de puñado de perdedores incompetentes.

—Matamos al espíritu del río Tisza. Fue una gran victoria. Los necios no pueden arrebatarnos nuestro orgullo.

—Habla por ti. Mira, Antonine no es uno de los nuestros. Hace tiempo que los Contemplaestrellas abandonaron la Nación Garou y la lucha contra el Wyrn. Quizá debimos haber consultado a uno de nuestros propios oráculos. Lo único que sé es que no le sirvo de nada a nadie sentada aquí en mitad de Ninguna Parte, Carolina del Norte, los Estados Unidos.

—Soy la alfa de nuestra manada, y debes obedecer mis órdenes en la batalla. Eso dicta la Letanía, nuestra ley.

—Paparruchas. La batalla se libra en Serbia. Estaré mucho más cerca del frente, y seré más capaz de contribuir a la causa, de vuelta en Londres.

—Me... —Ojo de Tormenta rara vez había participado en este tipo de duelo de frases ingeniosas, y se sentía como si la Theurge Moradora del Cristal hubiera conjurado a los espíritus de la Tejedora para que urdieran una red de palabras a su alrededor—. Guerra o paz —continuó la Garra Roja—, sigo siendo tu alfa, y no puedes marcharte mientras eso siga siendo verdad. Tienes que desafiarme y derrocar me antes de poder desobedecer. De lo contrario, te destrozaré como intentes desertar. —Avanzó un paso—. Sabes que puedo hacerlo, loba de ciudad.

Los labios pintados de Julia se replegaron para exhibir sus blancos y enclenques dientes humanos.

—No, no sé nada de eso, pero si quieres un desafío, aquí lo tienes: derrótame en una partida de ingenio y yo te ofreceré mi garganta.

Ojo de Tormenta vaciló, algo que casi nunca tenía ocasión de hacer cuando recorría los bosques en la forma de lobo que prefería Gaia. Como alfa, tenía derecho a elegir el tipo de competición. Podía exigir un duelo de garras y colmillos en vez de una competición de acertijos o algo parecido. Desde un punto de vista estratégico, resultaba obvio que sería lo más acertado.

Pero la Garra Roja intuía que aunque era ella la líder, y Julia su camarada, en cierto modo la Moradora del Cristal la despreciaba. Creía que una homínida de la ciudad sin duda sería mucho más lista que una lupus del bosque. Y lo cierto era que, en el fondo de la mente de Ojo de Tormenta, una voz tímida a la que rara vez prestaba atención susurraba que Julia podría estar en lo cierto. La Garra Roja presentía que si quería ganarse la lealtad absoluta de su compañera de manada y sofocar de una vez por todas sus impulsos rebeldes, tendría que enfrentarse a ella en el terreno de su elección.

—Que sea una partida.

Julia entornó los ojos, sorprendida.

—¿En serio? Bueno, vale. ¿A qué jugamos?

—¡Piedra, papel o tijera! —declaró una impetuosa voz joven.

Ojo de Tormenta, tan sobresaltada como decidida a no dar muestras de ello, se giró para ver que Carlita, o Hermana Guapa, como le gustaba que la llamaran, había surgido de la oscuridad por su lado ciego. En forma Homínida, Hermana Guapa era una adolescente flacucha de expresivos ojos negros y sonrisa burlona, con el largo cabello negro recogido bajo una gorra de béisbol. Como miembro de la tribu de los Roehuesos, también ella era una loba de la ciudad, pero incluso una Garra Roja podía ver la diferencia entre Julia y ella. Las ropas de la adolescente eran holgadas, demasiado grandes y de alguna manera parecía que no pegaban unas con otras. Había mencionado de pasada que las había comprado en *Tuntún*, fuera lo que fuera eso.

—¡Piedra, papel o tijera! —repitió Hermana Guapa.

—Eso no es un juego de habilidad —repuso Julia—. Es pura suerte.

—¡No lo es!

—Basta —intervino Ojo de Tormenta—. No conozco ese juego. Explícamelo.

Hermana Guapa así lo hizo, y cuando la alfa lo hubo comprendido, decidió que *piedra, papel o tijera* podía considerarse un juego de ingenio con todas las de la ley, puesto que un jugador vencía al adelantarse a la decisión de su oponente. También le gustaba su sencillez, que dificultaría el que Julia se valiera de la enrevesada forma de pensar de los Moradores del Cristal para engañarla.

—Decidido —dijo Ojo de Tormenta—. Ese será el desafío.

Julia se encogió de hombros.

—Bueno. Por lo menos no nos llevará toda la noche.

—A la de tres, chicas.

Ojo de Tormenta y la Moradora del Cristal levantaron los puños.

—Uno. —Hermana Guapa lo anunció en voz más alta de la que parecía necesaria.

Ojo de Tormenta pensó a toda prisa. ¿Qué elegir? Se decantaba por la piedra, el único artículo natural, no fabricado por el hombre, pero ¿no esperaría Julia precisamente eso?

—Dos.

Si Julia anticipaba la piedra, escogería papel. Así que Ojo de Tormenta tendría que contraatacar con tijeras. A no ser...

—¡Tres!

Ojo de Tormenta bajó la mano de golpe y enseñó dos dedos. Julia mantuvo el puño cerrado. La Garras Rojas sintió que el estómago le daba un vuelco. La loba de la ciudad se le había adelantado. Había presentado una piedra con la que aplastar las tijeras de su rival y erigirse en nueva alfa, con todo el derecho del mundo a irse y disolver la mañana.

Julia contempló la mano de Ojo de Tormenta y exhaló un suspiro.

—Qué lata. Pero bueno, ha sido justo. Me voy a dejar esto. —Recogió su maletín y se encaminó de regreso a su

cabaña.

Ojo de Tormenta se quedó mirándola asombrada. La única conclusión que se le ocurría era que la Moradora del Cristal había mirado su mano y había visto papel en vez de piedra. Pero ¿cómo era eso posible?

—Bueno, jefa —dijo Hermana Guapa—, si quieres decirme, no sé, que soy un genio o algo de eso, no me voy a enfadar.

—¿Eso lo has hecho tú?

—Alguien tenía que hacer trampas.

—Pero tú no eres Ragabash, sino Philodox. Media Luna, juez, igual que yo.

—Ya, pero todo ese rollo de la Media Luna va de mantener el equilibrio, ¿no? —Carlita sacó otra chocolatina del inagotable surtido que guardaba en la chaqueta, rompió el envoltorio y se la metió en la boca—. Y a esta manada nuestra del Río Plateado le iba a ir de pena sin una Ragabash, así que se me ocurrió hacer algo al respecto.

—¿Piensas renunciar a tu signo lunar? —La mera idea era una losa en el estómago de Ojo de Tormenta. Ocurría en ocasiones en el seno de las Doce Tribus, pero le parecía una señal de mal agüero.

—Que no, jefa. —Otra pausa, otra chocolatina—. Soy una juez, ya lo sé, pero es que me parecía que el puesto de Philodox sabio y serio ya estaba más que cubierto. Me he ido quedando con unos cuantos trucos de embaucador aquí y allá, así que este me parece el puesto correcto. Ya sabes, por la manada.

Ojo de Tormenta permaneció callada durante todo un minuto, mirando fijamente a Carlita. A continuación hizo algo muy poco lobuno: sonrió.

—Eres más sabia de lo que piensas, Hermana Guapa.

—Vale, vale, resévalo para la entrega de premios.

Ojo de Tormenta decidió no preguntar qué era eso por el momento.

—Pero nunca había oído hablar de un Don, ni siquiera entre los Ragabash, que pudiera afectar así a Julia.

—Oye, que Julia no es la única que puede conversar con los espíritus de vez en cuando. Uno de los peces Gafflinos de Uktena me ha echado una mano. Por un segundo, consiguió que Julia viera lo que quería ver.

—No lo comprendo. Quería ganar e irse a casa.

Hermana Guapa ensayó una amplia sonrisa.

—Los demás no nos hemos criado entre lobos. Abre los ojos y date cuenta de la ambivalencia. —Guiñó un ojo y se alejó.

Ojo de Tormenta recuperó su forma lobuna, pero la transformación no despejó su propia ambivalencia. Puesto que Hermana Guapa había hecho trampas a su favor, lo más honorable sería confesarle a Julia que, en realidad, era ella la ganadora.

Pero el ardid había mantenido unida a la manada para que cumpliera las profecías de Antonine, para que sanara a Grita Caos y destruyera al enemigo en Europa. ¿Acaso no era eso más importante?

Decidió que sí lo era, aunque no le hacía ninguna gracia. Deambuló por los alrededores con un humor de perros, lamentando los mezquinos compromisos implícitos a la existencia lejos de su tribu, hasta que Hijo del Viento del Norte llegó corriendo hasta las cabañas y preguntó:

—¿Dónde está todo el mundo? Tenéis que ver una cosa.